

Cuando Luis XIV, la Maintenon y los ministros franceses recibieron la noticia de las victorias de Brihuega y Villaviciosa, fué mayor su temor que su alegría, porque con ellas volvió la España á ser el gran obstáculo á la paz, cuando con la entrada de Carlos en Madrid se había creído todo concluido en aquel país y todos se habían conformado con los sucesos por ver próxima la conclusion de la guerra. Mas cuando se supo también la subida del partido tory al poder, reanimóse la corte de Versalles que en seguida se convenció de que ganando tiempo, todavía la Francia podría salir vencedora de la lucha. Con esta convicción ya no retrocedió el país ante nuevos sacrificios y esfuerzos increíbles. El clero entregó al gobierno de una vez 24 millones de libras que obtuvo por vía de empréstito; la Bolsa, que en el continuo agiotaje con los bonos del tesoro real había realizado inmensos beneficios, tuvo que pagar una contribucion extraordinaria de 20 millones; y á todos los súbditos franceses sin distincion de clases ni fueros se impuso el tributo del diez por ciento de sus rentas ó ganancias mientras durase la guerra; impuesto que aunque se cobró sin gran violencia, dió un ingreso líquido anual de 25 millones. Con estos recursos pudo el país enviar nuevos y formidables ejércitos contra los enemigos al Norte y al Sur. Villars fué nombrado general en jefe de las fuerzas destinadas á operar en Bélgica, con orden de evitar cuidadosamente toda batalla, atendido que si las armas francesas vencían, excitaria esto de nuevo la alarma del pueblo inglés, y prevaleceria el partido de la guerra; y si fuesen derrotadas, se empeoraba á todas luces la situacion de Francia. El ejército de los aliados era mas débil que en los últimos años por haber tenido que destacar una parte considerable á España, y á Silesia contra los beligerantes del Norte. A esto se agregaba que el príncipe Eugenio tenía que dejar el mando á otros, para ocuparse en los asuntos relativos á la vuelta de Carlos á Alemania, á su eleccion para el trono del imperio, y al cuidado de impedir todo ataque de los franceses contra la ciudad de Francfort donde debía hacerse la eleccion.

Ambos propósitos salieron á medida de su deseo. A fines de setiembre de 1711 embarcóse Carlos en Barcelona para Alemania, dejando en aquella ciudad á su esposa Isabel de Brunswick á título de regente, y en 12 de octubre, el mismo día en que desembarcó en Italia, fué elegido en Francfort emperador de Alemania con el nombre de Carlos VI.

Marlborough entretanto, privado del concurso de su colega, y envuelto á cada paso en las dificultades que le suscitaba la malevolencia del gobierno tory, seguía sus operaciones de campaña con la pericia y destreza que le distinguían. Villars creyó poder burlarse de él desde sus líneas y trincheras fuertísimas detrás de los ríos Sambre y Escarpe; pero Marlborough le supo consternar tan bien con una serie de maniobras y movimientos estratégicos brillantes, que de repente penetró en las líneas francesas casi sin combate, y ocupó la plaza de Bouchain.

Fué esta su última victoria. Visto el cambio de gobierno en su país, ofreció otra vez sus servicios al partido tory, donde tenía sus amigos antiguos, pero no le valió este cambio de opinion política. El vengativo Harley, ó sea Oxford, no se acordaba ni de los méritos personales ni de los intereses patrios cuando podía saciar su odio; y para dañar á Marlborough debilitó y perjudicó tanto el ejército inglés en el continente, que habría sido locura emprender la menor cosa. Así concluyó friamente y sin gloria la última campaña del gran general.

En enero de 1711 Oxford y Bolingbroke entraron en negociaciones de paz enviando con el mayor sigilo un capellan de regimiento como agente confidencial á Paris. No hay que

decir cuán agradablemente sorprendidos dejó tan inesperado mensajero á Luis XIV y á sus ministros, que no se mostraron morosos en asir la mano que se les alargaba, prometiendo á los ingleses lo que pedían y aun mucho mas: tratados ventajosos de comercio, Gibraltar, etc.

Por lo pronto los Estados Generales de Holanda se negaron á tomar parte en las negociaciones, circunstancia que vino muy de molde al gabinete inglés que de este modo podía, tratando solo, mirar exclusivamente por sus ventajas propias, y hacer en todo lo demás las cosas tan llevaderas como fuese posible para la Francia. Con la Francia también simpatizaban en el fondo muchos miembros del gabinete inglés y en primera línea Bolingbroke, que una vez asegurado el interés particular de su país, estaba dispuesto á dar en lo demás todas las facilidades imaginables al gobierno francés. Despues de varias idas y vueltas de diferentes mensajeros enviados por Bolingbroke, mandó Luis XIV á Londres el suyo, un tal Menager, hombre muy perito en cuestiones mercantiles, para ofrecer al gobierno inglés la cesion de Terranova, de Gibraltar y de la isla de Menorca con el puerto de Mahon, las ventajas de la nacion mas favorecida en el comercio con Francia y España, y finalmente, el monopolio del tráfico de negros con las colonias españolas. De estas ventajas solo habían de realizarse las mercantiles, pues que las políticas, ó sean concesiones territoriales, estaban ya en manos de Inglaterra. En cambio de las primeras pidió Luis XIV el reconocimiento de Felipe V por rey de España, la intervencion de Inglaterra para obtener el mismo reconocimiento de las demás potencias aliadas, la restitucion de todas las conquistas hechas á costa de la Francia, y la reinstalacion de los príncipes electores de Colonia y de Baviera en sus respectivos territorios. Es decir, fuera de Inglaterra, todos los demás aliados, en lugar de ganar, habían de perder y quedar humillados. Tanto la reina como sus ministros mostraron un empeño tan ciego, tan poco decoroso y tan desleal de hacer la paz, como si la Inglaterra hubiese sido la parte vencida. El odio al partido wigh, y la esperanza de asegurar con la paz la sucesion al trono á favor de Jacobo Estuardo, fueron los móviles de esta conducta.

La deslealtad fué tanta, que el gobierno inglés presentó á sus aliados preliminares enteramente falsos, que nada decían de las monstruosas concesiones que estaba dispuesto á hacer á la Francia; pero aun así, los Estados Generales de Holanda se resistieron á consentir en empezar negociaciones de paz, porque conocido el carácter del ministerio inglés, temieron con razon ver burlada su pretension de obtener una «barrera» entre su país y la Francia. Para hacerlos entrar en tratos fué menester amenazarles con la separacion inmediata de Inglaterra de la alianza; con lo cual se logró poder abrir las conferencias de paz en los primeros días del año de 1712 en Utrecht.

Mas indignada que la Holanda mostróse la corte de Viena. El nuevo emperador Carlos VI no podía reconciliarse con la idea de perder su amada España. Su embajador en Londres, el conde de Gallas, se expresó en público con palabras tan enérgicas sobre el proceder de los ministros y de la misma reina de Inglaterra, que fué excluido de la corte y hubo de ser llamado á su país. El emperador por su parte no quiso enviar ningun representante suyo á Utrecht para tomar parte en las conferencias de una paz cuyos preliminares eran tan manifiestamente contrarios á todo lo pactado por la Gran Alianza; y finalmente hasta el mismo heredero legal de la corona de Inglaterra, el elector de Hanover, protestó contra semejantes preliminares. Todo fué en vano; los ministros tories, seguros del apoyo de la reina y de la mayoría de la cámara de diputados, siguieron impertérritos en su plan.

Ninguna duda cabe que Marlborough había abusado largamente de su elevada posicion á la cabeza del ejército, para enriquecerse fuera de medida; pero el perjuicio que tal vez irrogó con esto al tesoro fué insignificante comparado con las ventajas que había alcanzado con sus brillantes victorias y negociaciones diplomáticas. Además, en esta conducta no hacia sino lo que todo el mundo; porque entonces todos los altos funcionarios cobraban sus gajes ó *pots-de-vin* (propinas) como se llamaban estos ingresos extraordinarios en Francia; pero ninguna de estas consideraciones le valió, porque la cámara baja le acusó como par del reino, ante la cámara alta, de defraudador de fondos públicos; acusacion que la reina en cierta manera apoyó destituyendo al «gran duque» de todos sus empleos. No se sació su sed de venganza hácia sus antiguos amigos, con la destruccion de su obra política tan majestuosa; quiso vengarse también en sus personas destituyéndolos, como hizo en 31 de diciembre de 1711.

Para acabar con la mayoría whig en la cámara alta hizo el gobierno una hornada de pares del reino. El príncipe Eugenio se trasladó á Londres para ver si podía persuadir al gobierno inglés á adoptar otra marcha, ó derribarlo por medio de alguna intriga; pero todo fué inútil. El gobierno le recibió con marcada frialdad, y respecto de intrigas no podía Eugenio medirse con un Bolingbroke.

Esta política desleal, brutal é injusta de los tories en aquella época fué despues causa de su alejamiento del gobierno durante muchos decenios; pero por desgracia, y á pesar del naciente desfavor del público que á la sazón se manifestaba ya á las claras, gobernaron todavía bastante tiempo para hacer un tratado de paz vergonzosísimo para el honor nacional inglés.

A fines de enero de 1712 se abrieron las conferencias de paz en Utrecht. Por lo pronto presentáronse grandes dificultades, porque los enviados franceses Huxelles, Polignac y Menager sostuvieron pretensiones como si su país hubiese salido vencedor de la gigantesca lucha. Querían que el Austria se contentara por toda ganancia con el Milanesado y Nápoles; la Holanda con algunas ciudades pequeñas por de barrera, y que la Francia conservara en todas partes las mismas fronteras que se le habían fijado en la paz de Ryswyk. No hay que decir cómo estas pretensiones fueron recibidas por las potencias aliadas que tan grandes las tenían á su vez.

En tal situacion ocurrió un nuevo suceso que dió que pensar hasta al gobierno inglés, tan afanoso de hacer la paz á todo trance.

En el año antes, es decir, en abril de 1711 había muerto de viruelas el único hijo legítimo de Luis XIV, el Delfin Luis, padre del duque de Borgoña y de Felipe V. Nadie había llorado la pérdida de este príncipe incapaz y gloton; y como ya desde muchos años todas las esperanzas se habían concentrado en su hijo mayor, el duque de Borgoña, empezó en seguida la corte ó camarilla de este á ensoberbecerse, como quien ya gobierna los destinos del país, es decir, Fenelon, el duque de San Simon y con ellos todo el partido clerical y ultra aristocrático. En esto cayó de repente enferma de escarlatina la esposa del heredero, la duquesa de Borgoña, María Adelaída, princesa de Saboya, señora llena de vida, de humor chispeante siempre, la alegría y cariño del viejo monarca, abuelo de su esposo. Esta princesa murió de resultas de su enfermedad, en 18 de febrero de 1712, dejando á su esposo, que al mismo tiempo cayó también enfermo, dos hijos de tierna edad, los duques de Bretaña y de Anjou. Ambos se contagiaron, como su padre, de la misma enfermedad, muriendo el mayor y salvándose el menor, gracias á sus ayas que le libraron á la fuerza á los doctores que habían muerto á su madre y hermanos á fuerza de sangrias y vomitivos.

En menos de un año de tiempo se había llevado la muerte tres generaciones de la familia real de Francia, suceso sin ejemplo y gran castigo para el anciano Luis XIV. ¡Padre, hijo, nuera y nieto habían pasado en pocos meses del mundo de los vivos al panteon de los reyes en San Dionisio!

Las miserias de la guerra de sucesion habían humillado profundamente su soberbia diplomática y militar. La monarquía universal que se jactaba ya de haber extendido siquiera moralmente por toda la Europa, se había deshecho como un ensueño. Sus excesos y su vida licenciosa, el abandono de su esposa, la preferencia que dispensó á sus bastardos, todo encontró su terrible castigo en los estragos espantosos que hizo la muerte en su propia familia; y todo esto en cortísimo tiempo cuando ya era viejo. Lo peor para él fué la pérdida de la duquesa de Borgoña que desgarró su corazon y cuya, muerte fué el dolor y el sentimiento mas grandes que jamás en su vida había experimentado. Diez días permaneció encerrado en su habitacion sin dejarse ver de nadie, y cuando se presentó de nuevo no pudo proferir ni una palabra todavía; tan embargado le tenía el dolor. Pero júzguese de su castigo cuando hubo de saber por el exámen de los papeles de la difunta que ella, á quien quería mas que á toda su familia, le había espiado y hecho traicion constante y sistemáticamente, manteniendo oculta correspondencia con su padre, el duque de Saboya, á quien instruía puntualmente de los actos y planes mas secretos del gobierno francés (1)!

De toda su descendencia legítima solo habían quedado su segundo nieto, Felipe, que como rey de España estaba excluido, el tercer nieto, el imbécil duque de Berry, y finalmente un biznieto de dos años, el heredero á la sazón de la corona, el futuro rey Luis XV.

A tan amargos golpes del destino vino á añadirse otro afrentoso para toda la familia y la dignidad real. Corrian voces sombrías y horribles respecto á la casi súbita muerte de los príncipes reales, se sospechaba que habían sido envenenados, y ¿quién podía tener interés en cometer tan espantosos crímenes sino el que en el caso de quedar exterminada toda la descendencia legítima de Luis XIV había de ocupar el trono vacío de Francia? Y ¿quién era este heredero eventual? Era el sobrino del rey, el cínico y escandalosamente relajado duque Felipe de Orleans, que con sus frecuentes experimentos químicos, á que era aficionado, dió mas pábulo á la horrible sospecha, añadiendo además él mismo la incalificable imprudencia de solicitar del rey una informacion jurídica criminal durante la cual pedía se le tuviese encerrado en la Bastilla hasta quedar probada su inocencia. El rey rechazó con indignacion glacial semejante proposicion, porque no quería dar el espectáculo de semejante escándalo de familia al pueblo francés y á la Europa, para servir de bafa á sus innumerables enemigos; pero el hecho era que la importancia que el mismo Orleans dió á los rumores acusadores prestó á estos mas verosimilitud; tanto que en la corte el príncipe quedó aislado como un apestado. ¡Cuántas humillaciones para el incommensurable orgullo del gran rey!

Esto era solo por el lado del sentimiento personal y de familia; veamos ahora el político. Un niño de dos años, débil y enfermizo, separaba á Felipe V, rey de España, del trono de Francia, del cual no había hecho renuncia todavía, de modo que con las defunciones citadas apareció de nuevo el espectro de una reunion de las dos monarquías en una sola. No llegaba á tanto la obcecacion de la reina Ana y de sus ministros, que en un concurso de circunstancias como estas

(1) Hace poco que Combes ha descubierto en el archivo de Turin las cartas dirigidas por la duquesa de Borgoña á su padre. Véase la *Revue Historique*, VI, 356.

no se acordasen de los intereses de su patria y de su religion y dejasen á ambas expuestas á los grandísimos peligros que semejante evento podría provocar. Por otra parte no ignoraban que un gran número de tories, es decir, de hombres de su mismo partido, estaba á la sazón ya en alto grado descontento de la política extranjera de sus jefes, y que á seguir por este camino se exponían hasta á un levantamiento general. En tal estado de cosas convino el gobierno inglés con los demás aliados en no seguir adelante en las negociaciones hasta recibir de Felipe V una renuncia formal, solemne y perpetua al trono de Francia para sí y sus descendientes. Esto no gustó mucho á Felipe; y pasó bastante tiempo antes de que su abuelo lograra hacerle renunciar á la esperanza de reinar algún día en su patria. Finalmente el mismo Luis XIV se negó á someterse á otra exigencia de Inglaterra que pedía que les entregara la plaza de Dunquerque en garantía de la sinceridad del gobierno francés en las negociaciones de paz hasta su realización.

Entre tanto se había abierto la campaña del año 1712 en circunstancias como no las podían desear mejores los aliados. En Bélgica tenían á las órdenes del príncipe Eugenio un ejército de 120,000 combatientes contra 100,000 franceses mal pertrechados y mal cuidados por la escasez de fondos, sin contar que las derrotas y bajas de las campañas anteriores los tenían desalentados. El plan de Eugenio era obligar al enemigo, inferior en número, pericia y material, á aceptar una gran batalla, vencerlo y marchar directamente sobre París. Una vez puesto con las tropas imperiales y holandesas delante de la capital de Francia, que entonces estaba completamente abierta, podía dictar las condiciones de paz que hubiese querido, sin necesidad de cuidarse ya del beneplácito del gobierno inglés; pero este se había prevenido y dado orden rigorosa al duque de Ormond, sucesor de Marlborough en el mando del ejército inglés, de no tomar parte en ninguna batalla; de suerte que cuando Eugenio se halló á punto de poder atacar al enemigo en condiciones para él ventajosas y requirió la cooperación de su colega, oyó de su boca que no podía contar con el auxilio del ejército inglés, tanto el nacional como el mercenario. Tuvo, pues, que limitarse á poner sitio á la plaza fuerte de Le Quesnoy, y devastar las provincias del Norte de Francia hasta París, Metz y Reims por columnas volantes. A principios de julio capituló la fortaleza citada sin que Villars se hubiera atrevido á hacer la mas leve tentativa para socorrerla.

Esto convenció á Luis XIV de que le tocaba ceder, siquiera para desembarazarse de los ingleses y librarse de este modo de una ruina completa. Remitió á la mayor brevedad al congreso de Utrecht la renuncia de Felipe V á la corona de Francia y de paso la declaración de estar dispuesto á entregar á los ingleses la plaza de Dunquerque en garantía. En vista de esto, ordenó la reina Ana, sin hacer caso de las protestas de los whigs y tories moderados, que se celebrara con la Francia un armisticio de dos meses. Esto fué á últimos del mes de junio de 1712, y en seguida partió Bolingbroke para París, donde se presentó mas como suplicante que como quien puede exigir, ansiosos como estaban él y los suyos de alcanzar la paz, de la cual dependía la realización de sus planes ocultos y traidores. De sus entrevistas personales con Torcy resultó en agosto del mismo año un nuevo armisticio por mar y tierra entre la Inglaterra, la Francia y España hasta fin del año.

Hay que hacer justicia á los holandeses, que á pesar de desear la paz cual nadie, se resistieron á imitar la conducta vergonzosa y desleal del gobierno inglés; pero abandonados de su poderosa aliada, tuvieron que sufrir en las conferencias de Utrecht, en contestación á sus objeciones, las insolencias

mas ultrajantes y las mofas descaradas de los enviados franceses, engreídos ya otra vez por el buen aspecto que presentaba para ellos la situación. Uno de estos enviados, el abate Polignac, dijo: «Ahorá hacemos el papel que hicieron los holandeses en las conferencias de Gertruidenberg, y ellos el nuestro de entonces; el desquite es completo.»

Tampoco hicieron el menor caso los ingleses y franceses de la falta de un representante del emperador, el cual continuó en su empeño de no enviar ninguno á las conferencias de Utrecht. Discutían y resolvían como si tal potencia no existiese ó no entrase en cuenta.

Los sucesos en los diferentes teatros de la guerra vinieron además al auxilio de los propósitos traidores de los tories y de la incorregible insolencia de los franceses.

A raíz del primer armisticio fué llamado del teatro de la guerra por su gobierno el general inglés Ormond con sus fuerzas nacionales. A duras penas logró Eugenio persuadir á las tropas extranjeras, es decir, alemanas, hasta entonces á sueldo de Inglaterra, que continuaran con él hasta el fin de la campaña; pero aun así quedó tan debilitado, ya numérica, ya moralmente, porque la depresión había pasado de los franceses á las tropas aliadas, que hubo de contentarse con permanecer á la defensiva, y aun así perdió una división holandesa á las órdenes del conde de Albemarle que se dejó sorprender cerca de Denain por Villars en 12 de julio 1712, quedando casi completamente destruida antes que Eugenio lo supiera y pudiese acudir á su socorro.

No tenía gran importancia por sí mismo este acontecimiento, pero la tuvo por las consecuencias á que dió lugar, porque engreídos los franceses, sirvió de nuevo motivo al ministerio inglés para apresurar las negociaciones de paz, intimidar á los Estados Generales de Holanda y quitar toda su fuerza á las reclamaciones del Austria. Villars reconquistó una tras otra multitud de fortalezas francesas que el año antes habían tomado los aliados en el Norte de Francia y con esto les cerró para siempre el camino de París. El afán por la paz que se había apoderado de la Holanda juntamente con la salida de la Prusia de la coalición, motivada por la envidia de los holandeses, acabaron de paralizar completamente la acción del príncipe Eugenio.

Entre tanto quedaron suspendidas por seis meses las conferencias de paz en Utrecht con el miserable motivo de una disputa entre los criados de un delegado holandés y los de uno de los franceses; pero fuera del congreso trabajábase con actividad redoblada para llegar á un resultado. No quiso ser el último el rey de Portugal, y se dió prisa á hacer un armisticio con Felipe V, por el cual este le cedió el dominio de ambas orillas del río de las Amazonas. Inglaterra entre tanto había obtenido de los franceses algunas concesiones de poca monta para los aliados, y con esto pidieron imperiosamente á los holandeses que reanudaran las conferencias para la paz. Tenía razón Polignac en decir que el desquite era completo; la conducta que los holandeses habían observado en las conferencias de Nimega con los otros, les fué á la sazón aplicada á ellos, y tuvieron que ceder en todos los puntos, acosados por los diplomáticos ingleses, tanto que los enviados franceses dijeron que su rey no habría podido amparar mejor que el gobierno inglés los intereses de la Francia.

En febrero de 1713 se reanudaron las sesiones del congreso de la paz, y se ultimaron sin hacer caso de las reclamaciones del emperador; de modo que en 11 de abril de 1713 firmaron el convenio de Utrecht los representantes de Inglaterra, Holanda, Portugal, Prusia, Saboya y Francia.

Con arreglo á las estipulaciones principales de este tratado, la Inglaterra obtuvo el reconocimiento de la sucesión al trono á favor de la familia de Hanover, la expulsión de los

Estuardos de Francia, la renuncia perpetua de los Borbones de Francia á la corona de España y viceversa; tocante á aumento territorial, le cedió la Francia los países que rodean la bahía de Hudson, la Nueva Escocia y Terranova con las islas adyacentes, y además Gibraltar y Menorca pertenecientes á España, y finalmente el gobierno francés se comprometió á demoler las fortificaciones de Dunquerque y cegar su puerto. Con estas concesiones quedó asegurado á favor de Inglaterra el dominio permanente del Océano Atlántico del Norte y del Mediterráneo occidental, amén de la destrucción del puerto de Dunquerque, tan peligroso para los ingleses por su situación en frente de la desembocadura del Támesis, y por haber sido en cada guerra el nido y refugio de los corsarios franceses.

No fué ni con mucho tan brillante la parte que tocó á las Provincias Unidas de Holanda, que obtuvieron para satisfacer sus deseos de barrera, el derecho de dar guarniciones en una línea de fortalezas belgas de la frontera meridional: de las numerosas plazas francesas conquistadas, solo les fué cedida Tournay; las demás, y entre ellas la importante ciudad de Lila, debían ser devueltas á Francia. Las ventajas mercantiles que los holandeses esperaban de Francia y España, resultaron reducidas á las proporciones mas modestas.

Portugal recibió la confirmación de su dominio en toda la cuenca del río de las Amazonas.

La Prusia que había perdido el principado de Orange con el cual se había quedado la Francia, obtuvo como indemnización una parte, la alta, de la provincia de Güeldres á costa de la Bélgica española; además el principado de Neufchatel y Valengin, hoy cantón suizo, y para su soberano el reconocimiento por parte de Francia y España de la dignidad y título de rey de Prusia. Es evidente que todo esto no estaba en proporción con los sacrificios que había hecho en la guerra, y con sus justísimas reclamaciones y derechos sobre el dominio de todas las posesiones que constituían el principado extinguido de Orange.

El duque de Saboya fué tratado con gran liberalidad. Su talento y sagacidad le habían dado á conocer desde luego que el alma y directora de la coalición era la Inglaterra, y en su consecuencia se había arrojado á ella todo lo posible. Este tacto político tuvo su premio. Francia le cedió todas las vertientes orientales de los Alpes Marítimos y Cocios con plazas fuertes que comprendían; se le confirmó en la posesión del Montferrato y de algunos trozos de territorio del Milanesado, se le dió la isla de Sicilia con el título de rey, y finalmente el derecho eventual de sucesión al trono de España en el caso de extinguirse la dinastía borbónica fundada por Felipe V. Tantas ventajas son la mejor prueba de que Inglaterra era la que disponía de todo; pues en ninguna proporción estaban los servicios que había prestado el duque de Saboya á la coalición con las enormes recompensas que obtenía ni con los servicios prestados por el rey de Prusia que en realidad no recibió nada.

El Austria salió bastante bien parada de la paz de Utrecht, porque recibió la Bélgica bajo condición de cerrar el Escalda á favor del comercio holandés y de admitir guarniciones holandesas en las fortalezas meridionales, que debían servir de barrera. Además se le dió el Milanesado, el reino de Nápoles y la isla de Cerdeña. En cambio quedó el emperador obligado á evacuar la Cataluña y restablecer en sus territorios respectivos á los electores de Colonia y de Baviera.

El imperio alemán salió peor librado que todos. Solo le restituía la Francia las plazas de Alt-Breisach y Kehl que los franceses tenían ocupadas en la orilla derecha del Rin, y además la de Landau que pertenecía á la Alsacia; pero de

la Alsacia, ya ni siquiera se hizo mención y quedó definitivamente convertida en provincia francesa. Semejante desprecio de los intereses del imperio fué la justa recompensa que mereció de los aliados la conducta miserable que durante la guerra habían observado todos aquellos potentados y egoístas y en primera línea el emperador, el cual ciertamente habría podido lograr sin gran trabajo condiciones mucho mas ventajosas, no solo para el imperio como cuerpo confederado, sino aun para sí como soberano de Austria, si se hubiese mostrado mas complaciente con Inglaterra. No habiéndolo hecho así y no habiendo tomado parte en las deliberaciones del congreso de Utrecht, resultó ser el único aliado al cual la paz imponía sacrificios, porque lo que se le daba ya lo tenía en su poder, y además se veía forzado á restaurar en sus Estados á los electores de Baviera y de Colonia, y á evacuar toda la Cataluña. Semejante conducta obstinada habría sido excusable si hubiese tenido la seguridad de poder seguir con éxito la guerra por su cuenta y la del imperio sin necesidad de los aliados; pero nada de esto hubo. Muy al contrario era evidente que el imperio no procedería en adelante mejor que había procedido hasta entonces; y respecto del Austria en particular no era menos cierto que su tesoro estaba completamente vacío; por manera que el papel que hizo el emperador y su obstinación en querer continuar la lucha no fueron sino una prueba mas de su terquedad imbécil é ignorante, contra la cual había trabajado en vano con todas sus fuerzas el príncipe Eugenio.

No es, pues, de extrañar que se repitiera en este caso la desgracia que había tenido la Alemania en todas sus empresas contra la Francia. El norte de Alemania tenía entonces completamente absorta su atención en la guerra entre Suecia, Dinamarca, Polonia y Rusia, que habían escogido cabalmente aquellas comarcas por teatro de sus hazañas devastadoras. Las regiones occidentales y meridionales del imperio estaban exhaustas por las desgracias que allí habían sembrado los doce años de la guerra de sucesión. Al emperador José I, tan inteligente, enérgico y activo, había sucedido su hermano Carlos VI, hombre piadoso, pero de alcances limitadísimos, y bien que honrado y aplicado, falto de todo discernimiento é incapaz de juzgar las cosas por sí propio.

El príncipe Eugenio, nombrado general en jefe del ejército austriaco y de los contingentes del imperio tenía aproximadamente la mitad de las fuerzas de su contrario en el Alto Rin donde estaba. Léjos de poder atacar á Villars que mandaba el ejército francés, ni siquiera tenía fuerzas bastantes para sostenerse á la defensiva y rechazar los ataques del enemigo, pues si le era en una mitad inferior en número, lo era aun mucho mas en recursos materiales por su absoluta falta de dinero. Así pudieron poner sitio los franceses impunemente á la plaza de Landau, la cual dos meses despues hubo de entregarse con toda la guarnición que quedó prisionera de guerra. Dueño ya Villars de esta fortaleza forzó las líneas atrincheradas cerca de la Selva Negra, y sitió y tomó la fortaleza de Friburgo en otoño de 1713.

Eugenio vió que no había mas remedio que hacer la paz; y si esta campaña, además de ser triste era ridícula, mas lo era todavía el plan de su soberano Carlos VI, rodeado y dirigido por una camarilla de refugiados españoles, al cual se le ocurrió conquistar la isla de Sicilia, ya en poder del duque de Saboya, sin siquiera disponer de una escuadra. Al fin Eugenio pudo convencer al emperador que ningún interés mostraba por los asuntos del imperio, de la necesidad de aceptar las condiciones de paz que la Francia le proponía, y á fines de noviembre de 1713 pudo entrar personal-

mente en conferencias con Villars. El acuerdo entre ambos ofrecía tres dificultades principales, porque el enemigo quería á la sazón quedarse con Landau, recibir una indemnización en cambio de Friburgo y que se restituyeran los territorios bávaros al elector Maximiliano Manuel. Estas condiciones amenazaron hacer imposible toda avenencia; pero por un lado Villars deseaba sinceramente coronar sus glorias militares con una paz definitiva, y por otro el príncipe Eugenio estaba más que convencido de que la Alemania era completamente incapaz de continuar la guerra. Por tanto se pusieron al fin de acuerdo las dos partes y se firmó la paz en Rastadt en 7 de marzo de 1714, en la cual se confirmaron las estipulaciones de la paz de Utrecht á favor del emperador y del imperio con la sola diferencia de que la Francia se quedaba definitivamente con la plaza de Landau. Esta pérdida sensibilsima, además de la befa de toda la Europa, fué el resultado de la guerra que Carlos VI quiso hacer, en su pueril obstinación á la Francia de Luis XIV, y todo esto por añadir á sus posesiones la isla de Sicilia.

El imperio alemán aceptó este tratado de paz con modificaciones insignificantes en 7 de setiembre de 1714 en Baden en el Aargau.

El emperador se empeñó con laudable celo en salvar los intereses de los catalanes, que tanta fidelidad le habían mostrado en la buena y mala fortuna; y pidió para ellos no solo una amnistía completa, sino también la confirmación de sus fueros tradicionales, pero sus nobles esfuerzos no lograron más que la amnistía. Los catalanes no quisieron aceptarla sin la confirmación de sus fueros; resistieron á las tropas de Felipe V con toda la desesperación y el odio de un pueblo oprimido, y fué menester el auxilio de treinta mil franceses á las órdenes de Berwick para someterlos. En setiembre de 1714 tomaron á Barcelona por asalto despues de una defensa heroica, y enseguida las otras plazas fuertes de Cataluña. Las libertades catalanas quedaron aniquiladas y el absolutismo triunfó en toda la España.

Este fué el epílogo de la guerra de sucesión que causó el desmembramiento de la vastísima monarquía española fundada por Fernando el Católico y ensanchada por Carlos V, primero en España.

La guerra de sucesión borró á la España del catálogo de las grandes potencias despues de haber figurado á la cabeza de ellas durante dos siglos.

Con la paz de Baden y la sumisión de Cataluña había concluido esta guerra que durante trece años tuvo todo el Occidente de Europa en armas. Si se quiere sacar un resumen de toda esta lucha colosal, no hay duda que en último resultado había salido perjudicada la Francia, y esto á pesar de la deslealtad y traición de los ministros ingleses, que sacrificaron á su pasión y odio de partido no solamente el interés de su propio país, sino también el de sus aliados.

Antes de la guerra de sucesión se había mostrado la Francia superior á toda la Europa unida contra ella, porque aun en la segunda guerra de coalición había sabido resistir con gloria á sus ataques combinados; pero esta vez teniendo á su lado la gran monarquía española y además poderosos aliados en Alemania, había sucumbido, y á no ser el cambio repentino de la política inglesa, habría quedado destrozada completamente.

Verdad es que despues del tratado de Utrecht conservó con corta diferencia las mismas fronteras que le había fijado la paz de Rysvik; pero el papel que podía desempeñar en Europa había cambiado. Quedaba, sí, la primera entre las grandes potencias, pero solo la primera entre potencias pocas ó menos iguales. En los campos de batalla de esta guerra había sido despojada de la preponderancia abrumadora

que había hecho sentir á toda la Europa Richelieu, Mazarino y más que estos el mismo Luis XIV, dictando leyes á las naciones aterrorizadas. En este concepto había sido completo el naufragio de la política de Luis XIV, de la obra principal que se había propuesto y en la cual había trabajado toda su vida, aunque salvó algunas grandes conquistas y ventajas parciales. También había logrado colocar á su nieto en el trono de España; pero poca ventaja sacó de esto la Francia, y no tardó en hacerse evidente que los lazos de sangre entre los soberanos no eran bastante fuertes para aliar de un modo permanente la política española á la francesa.

Al lado de la Francia figuraba á la sazón la Inglaterra como potencia preponderante en la política Europea, y entendía cumplir su nuevo papel en sentido conservador, como protectora y guardadora del equilibrio y concierto entre todas las naciones; es decir que venía á ser el contrapeso de todos los caprichos de preponderancia de cualquiera de ellas. Estaba sobre todo asegurado su dominio en los mares, ya por conquistas de puntos importantes, ya por tratados de comercio ventajosísimos celebrados con Francia, Portugal, España y las colonias de esta última. Los ingleses debieron tan brillante posición á la política de Guillermo III, y á la de sus discípulos Marlborough y Godolphin.

De esta misma política fué víctima la patria de Guillermo, la Holanda que perdió su puesto de gran potencia con la paz de Utrecht y pagó con este sacrificio el precio de la libertad de las naciones europeas. Los esfuerzos que hizo, tan fuera de toda proporción con su población reducida, dejaron exhaustos sus recursos materiales rentísticos y legaron al país una deuda enorme. Su unión con la Inglaterra más poderosa que ella, en lugar de comunicarle mayor vigor, la había abrumado y debilitado; y por toda recompensa de sus grandísimos esfuerzos, solo recibió la barrera de guarniciones á la cual hubo de renunciar despues espontáneamente porque en lugar de una ventaja, resultó ser una carga molesta. Su inmenso comercio marítimo entre los diferentes países de Europa había pasado á la marina inglesa. En una palabra la Holanda á consecuencia de esta guerra descendió del puesto de potencia de primer orden al de potencia de segunda clase; de magestuosa nave á balandra llevada por el poderoso navío inglés á remolque.

El Austria en cambio recibió por la paz de Utrecht un aumento de fuerzas considerable. La adquisición de los Países Bajos españoles y de la Italia española por de pronto, sin la Sicilia, que coincidió con la sumisión definitiva bajo su cetro de Hungría y de la Transilvania, la colocó como tercera gran potencia al lado de Francia y de Inglaterra. Sus rentas subían solo á 28 millones de florines que entonces valían lo que hoy 210 millones de pesetas; pero si su poder se hubiese medido por su extensión territorial y el número de súbditos, habría sido la primera entre las grandes potencias. La notoria incapacidad de sus gobernantes, la ignorancia y la consiguiente pobreza de la gran mayoría de los habitantes limitaban el poder del Austria reduciendo los ingresos de su tesoro á menos de la mitad de los del tesoro inglés ó francés; á lo cual se agregaba la gran distancia de varias provincias, como la Bélgica y Nápoles que hacía difíciles y costosas su defensa y administración; de suerte que de ningún provecho eran en el fondo para la monarquía. No eran estos los únicos inconvenientes que menguaban el poder del Austria, á primera vista tan grande; porque añádase la diferencia de tantos idiomas, costumbres, tradiciones é intereses, sin más lazo que les uniera que el tener un soberano comun. En un cuadro tan abigarrado no había que pensar en nada que se pareciese á espíritu patrio, ni simpatía

ni sacrificio de interés por el bien general; allí no había más Austria que el pequeño archiducado y algunas provincias hereditarias antiguas; ni más austriacos que los habitantes del uno y de las otras; los demás eran italianos, flamencos, valeses, magyares, eslavos y hablaban sus respectivos idiomas que en nada se parecían entre sí ni al alemán. Todas estas condiciones del imperio austriaco eran obstáculos que menguaban singularmente su fuerza material, pero no tanto su importancia moral, que se había aumentado muchísimo, á la cual también contribuía que sus huestes y muchos de sus generales se habían mostrado rivales y competidores dignos de las mejores tropas y de los capitanes más eminentes de la época, cuando no superiores. Capitanes como el príncipe Eugenio, Guido Starhemberg y Heister apenas admitían rival en Europa, ni tampoco los regimientos austriacos que habían vencido en Hoeschtaedt, Turin y Oudenarde. En general habíase colocado muy alto en todas estas guerras la fama de las armas alemanas. Al considerar que muchas grandes batallas habían sido decididas á favor de los aliados por el valor y la pericia de los batallones prusianos, que con los de Hesse, Brunswick, Hanover y el Palatinado habían conquistado tantos lauros con su heroísmo, disciplina y firmeza, no podía desconocerse que los alemanes eran todavía la raza más guerrera del mundo (1), y que si el ejército confederado se presentó por demás miserable no fué por culpa del material de que se componía sino de su organización y de su dirección.

Excepto el desmembramiento parcial de la monarquía española, eran insignificantes los cambios territoriales que había producido la guerra de sucesión, lo que hizo decir á muchos, que tanta sangre y tantos sacrificios habían sido estériles; pero ya hemos visto que en las relaciones mutuas del poderío de los estados europeos habían producido un cambio de inmensa trascendencia cuyos efectos se sienten aun hoy. La unidad de la monarquía por la cual habían luchado por una parte la Francia y por otra el Austria había quedado destruida, pero los otros resultados de esta guerra sangrienta eran en realidad tan considerables y grandiosos como aquel propósito origen de toda lucha.

## CAPITULO VI

### ESTADO DE EUROPA EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL REINADO DE LUIS XIV

Mientras la grandeza artificial de Holanda se iba desvaneciendo paso á paso á consecuencia de la guerra de sucesión, se desmoronaba en sangrienta y penosa lucha el poder de otro Estado, basado meramente en las cualidades eminentes y personales de algunos de sus soberanos, y en el ardor y entusiasmo guerrero de sus habitantes, en lugar de estar cimentado en una fuerza material y perenne. Hablamos de la Suecia, poco antes potencia principal y á la sazón sustituida en su puesto importante de la escena política por otro imperio que hasta entonces apenas había sido conocido ni de nombre, ni estaba siquiera incluido entre los Estados europeos. Era la Rusia que casi de improviso se elevó á una posición influyente y por tanto imponente y amenazadora.

Carlos XII de Suecia había perdido sin provecho ni plan alguno meses preciosos en Sajonia, solo para gozar de la satisfacción infantil de ser el espanto de las grandes potencias del Oriente y centro de Europa. Vencidos completamente sus dos enemigos, el rey de Dinamarca y el de Polonia, elector de Sajonia, determinóse Carlos al fin á marchar contra su

tercer enemigo, el czar de Rusia á quien en su necia ignorancia creía poder vencer fácilmente.

Pedro de Rusia entre tanto había aprovechado el tiempo que Carlos le había dejado, para prepararse activamente á defender con éxito en caso necesario los territorios que había conquistado á orillas del Báltico, porque la posesión de estas provincias con sus puertos excelentes era el único medio de ingresar en el concierto de los Estados europeos. Había logrado celebrar con Augusto II, antes de su abdicación del trono de Polonia, un tratado en el cual Augusto cedió á la Rusia todas las provincias bálticas de su reino, á saber: la Carelia, la Ingria, la Estonia y la Livonia, menos una parte de esta última; es decir, que era este tratado el reverso del celebrado en el año 1699. Con esto Pedro de Rusia logró el objeto que se había propuesto al auxiliar al rey de Polonia insuficientemente. Tuvo además criterio bastante para tratar á la población de los nuevos territorios con solicitud cariñosa para ganar su afecto y que prefiriesen el dominio ruso al régimen durísimo del gobierno sueco.

Sin embargo, al aproximarse Carlos con la brillante aureola de sus victorias, ofrecióle el czar la restitución de todas las provincias conquistadas, con excepción de la pequeña Ingria, donde había empezado la construcción de su nueva capital Petersburgo, para tener acceso al Báltico, como cuestión vital é ineludible para el desarrollo interior de la Rusia, y para ocupar un puesto entre las naciones europeas. Con estas condiciones estaba pronto á hacer la paz, pero Carlos no quiso consentir de modo alguno en que la Rusia conservara la Ingria, bien que era por demás insignificante y aunque en cambio se indemnizaba brillantísimamente de esta pérdida con la Curlandia ducado feudal, bajo la soberanía de Polonia hasta entonces, conquistado por su general Lesvenhaupt.

Fracasaron, pues, las negociaciones, y el czar formó su plan de defensa perfectamente adaptado á las condiciones particulares de su imperio; plan que segun demostró despues la experiencia, y que en mayores proporciones se llevó á cabo otra vez en el año 1812 contra las huestes francesas, era el único racional y práctico. Determinó en efecto, devastar las provincias fronterizas, irse retirando delante de las fuerzas suecas y atraerlas así paso á paso al interior de sus vastos dominios, donde la falta de subsistencias y de comunicaciones con la patria, habían de ser los aliados más poderosos de los rusos contra el limitado ejército sueco. El plan de Carlos XII debiera haber consistido en evitar y rehuir aquellos inconvenientes, y reconquistar las provincias bálticas en poder de los rusos partiendo de la Curlandia. Esto era lo natural y lo más sencillo, porque asegurado por la espalda y en continuo contacto con el mar, podía ir avanzando y penetrar en caso necesario hasta al interior de Rusia; pero lo más natural nunca fué del gusto de este rey que buscaba su mayor gloria en consternar al mundo con sorpresas inauditas, y resolviendo problemas en apariencia imposibles.

Así fué que para su mal y el de su país prestó oídos á los pérfidos consejos de un aventurero que por los medios más solapados había subido á jefe de una horda de nómadas, sin unión y variable como todas: llamábase Mazepa y estaba á la cabeza de una tribu de cosacos de la Ucrania. Con este individuo hizo Carlos XII un convenio á consecuencia del cual se puso en marcha hacia la Ucrania en el verano de 1708 contra el consejo de todos los jefes militares de experiencia que expresaron en alta voz su disgusto, porque el caso era que estando situada la Ucrania en medio de las sabanas ó estepas de la Pequeña Rusia en el interior, aun saliendo victorioso en todos los encuentros, no se lograba

(1) Hay que tener en cuenta que el autor es alemán. (N. del T.)